

M Pago de deuda

Recuerdo que era una noche horrosamente fría. El peón Lorenzo y yo nos habíamos demorado componiendo una hoja de portada que algún carrero haragán había arrancado, arrastrado y destrozado, dejando ir los bueyes por su cuenta, mientras él dormitaba, á caballo, tranqueando media cuadra más atrás de la carreta.

Al enfrentar á la manguera cerca ya de las casas, no dejó de intrigarme ver atados á soga el bayo amarillo de mi padre y mi propio cebruno.

Tata solo ensillaba el bayo amarillo para realizar algún viaje largo, y *mi* cebruno era mi única propiedad, la única cosa exclusivamente mía; nadie lo agarraba, nadie lo frenaba, nadie lo ensillaba, nadie sinó yo tenía de recho á él. Algo grave debía ocurrir.

Cuando desmontamos á la puerta del galpón, se acrecentaron mis sospechas, viendo á mi padre en agitada discusión con un forastero. Al notar mi presencia remató la plática con un breve y seco:

-¡Está bien!

Poco después llamaron para la cena. Pasó ésta triste y silenciosa. Apenas concluída, la peona Antonina, condujo al huésped á la habitación preparada de antemano, quedando solos en el comedor mi padre y yo. Durante más de un cuarto de hora permanecimos sin pronunciar palabra. Mi padre se paseaba nerviosamente por la pieza, con las manos en la espalda, el entrecejo fruncido, la mirada colérica. Nunca lo había visto así, con tal expresión de pena, de amargura, denunciadora de la gran lucha moral que sostenía consigo mismo.

De pronto se detuvo:

-¡Cumpliré mi deber!—exclamó.

Su ánimo pareció serenarse; su rostro mostróse menos duro y con su voz cariñosamente grave, me dijo:

—Vaya á acostarse. Al aclarar estaremos de viaje.

Sin pedir una explicación, sin agregar una palabra, dí las buenas noches y me retiré á mi cuarto, afectando una

tranquilidad que estaba muy lejos de experimentar.

Inútiles fueron mis esfuerzos por conciliar el sueño. Tenía la certeza de que algo muy grave ocurría, ó estaba para ocurrir, y de que yo iba desempeñando un papel importante en los acontecimientos producidos ó á producirse. Mi padre, en quien siempre había visto un hombre hosco, pero bueno; rígido, pero justo; sereno y mesurado á pesar de su invariable adultez, me mostraba ahora una fisonomía



de tormento, de inmensa angustia moral. Era menester que alguna circunstancia extremadamente seria hubiese venido á revolucionar su espíritu para hacerle perder de aquella manera el dominio sobre sí mismo.

El insomnio lanzaba á mi imaginación hacia divagaciones absurdas, relacionando la anormal situación de momento con los oscuros antecedentes de mi vida, que, cümpleme decir aquí, jamás intenté investigar.

La aurora me encontró despierto y febricitante, roto de fatiga—no por la

noche de vigilia, á las cuales me habían habituado rondas y tropeos, sino por la tribulación ocasionada con la venida del extraño forastero.

Me levanté, me vestí apresuradamente y descendí al galpón donde ya estaban ensillando. Tomamos unos mates, churrasqueamos y emprendimos la marcha, mi padre, el forastero y yo.

Nadie hablaba. No era menester gran perspicacia para advertir que mi padre sentía inmensa repulsión por aquel hombre alto, flaco, desaseado, cuyo rostro expresaba cobardía, vicio y bajeza; un profundo desprecio, aceptado por éste sin protestas, confesando así tácitamente la culpabilidad en alguna acción vil, perdonada, pero no olvidada.

Yo adoraba á mi padre. El constituía toda mi familia; él me había criado y educado con una solicitud y un cariño extraordinarios, modelando mi cuerpo y mi espíritu á su propia semejanza, con rígida sujeción á esta máxima suya: «Es necesario desarrollar el entendimiento á base de verdad y de justicia para conocer todos los deberes y derechos; y es necesario desarrollar el músculo, á fin de poder siempre, en toda circunstancia, cumplir con su deber y hacer respetar su derecho».

Adoraba á mi padre, he dicho. Era un hombre alto, fornido, de hermosa cabeza leonina, de ancha frente pálida, de grandes ojos garzos, llenos de nobleza y valentía, de larga y alta negra barba renegrada y sedosa. Todo un hombre, mi padre; triste, eso sí; algo áspero, bastante huraño, inflexible en su conducta, parco en palabras, sobrio en sus juicios, reservado en sus acciones; en apariencia, duro con todos, y, en realidad, duro consigo mismo tan sólo. Nunca le ví reír; pero le ví llorar, una vez, cuando siendo yo pequeño, estuve á punto de morir de escarlatina.

En esa época, vivida en medio sano y franco, sin roce con los gusanos y las viboras que por desgracia hube de tratar más tarde, adquirí pleno convencimiento de la indiscutible superioridad de mi padre. Su cariño severo me enorgullecía y el respeto y consideración de que gozaba, hacían germinar nobles emulaciones en mi alma infantil.

El y la vieja china Antonina, mi nodriza, mi aya, compartían la totalidad de mis afecciones familiares. De mi madre no guardaba memoria y suponía hubiera muerto durante mi primera edad; digo «suponía», porque jamás me hablaron de ella, y, por mi parte,

nunca tuve el valor de interrogar al respecto á la única persona capaz de satisfacer mi curiosidad.

Esto parecerá extraño, considerando que yo tenía veintiún años en la época á que se refiere este relato; se explica, sin embargo, por la veneración que profesaba al autor de mis días, veneración que se acentuaba conforme los años iban ponderando mi juicio. No me callaba él nada de lo que pudiera serme útil ó agradable; lo que él reservaba no debía yo empeñarme en conocerlo. Interrogarlo en ese sentido hubiera sido ofenderlo, y ofenderlo sin provecho, pues harto conocía ya su voluntad inflexible para saber que nadie ni nada le obligaban á hacer ó decir lo que había resuelto no hacer ó no decir. Por tanto, respeté su silencio, seguro de la razón y la justicia que le aconsejaban guardarlo. El hablaría cuando fuese llegado el momento de hablar.

Sin embargo, mientras seguíamos la marcha, á trote penoso, en una ruda mañana de invierno, me era imposible detener el torbellino de mis cavilaciones. Ninguna duda me cabía ya de que aquel viaje se relacionaba con algún drama doloroso, al que yo no era ajeno, en el cual yo debía representar un papel importante. Desde luego, una deducción inconsciente me llevaba á lo ignoto de mi infancia, leyendo y destejando historias, todas ilógicas y amargas todas, por cuanto hacían revivir en mi espíritu una duda aterradora: ¿Mi padre sería reo de alguna acción deshonorosa?...

Tornaba á verlo en su agitación tremenda de la vispera, descompuesto, noble semblante, por primera vez indecisa y vacilante su voluntad para decidirse al fin en aquel enigmático:

—¡Cumpliré con mi deber!...

¿Cuál sería ese deber?

¿Salvar alguna falta? ¿Corregir algún error? ¿Reparar alguna injusticia?...

¡No!... ¿Mi padre capaz de faltas, de injusticias?... ¡Era suponer lo absurdo!

Pero entonces ¿qué lazos lo unían á aquel ser abyecto en cuya compañía viajaba dócilmente, él, tan altivo siempre? ¿Por qué, en cierto modo, obedecía á aquel hombre, á quien despreciaba y odiaba; odiaba, sí, evidentemente lo odiaba?...

Jamás dolor humano fué más grande que aquél, anclado entonces en mi alma, envenenándola con la duda de que pudiera existir una mancha en la sagrada austeridad de mi padre.

No cesaba de observarlo. Su agitación era creciente; se la advertía viéndole castigar sin motivo su caballo,